



LEER LA BIBLIA PARA ELIMINAR LA OPRESIÓN MASCULINA

Brayan Alvarado¹

Noviembre 2021

La Biblia judeo-cristiana es un texto diverso, complejo y polifónico que se desarrolló y escribió en el marco de una cultura patriarcal, que tenía al hombre como figura central y referencial. Este marco no es inofensivo, pues enseña a los hombres cómo deben ser y comportarse, además, les coloca como seres superiores y les autoriza como sujetos teológicos e intérpretes de la Biblia. De manera que esto condiciona el camino que se haga hacia el texto, sirve de soporte y contribuye fuertemente a la configuración y el desarrollo de una sociedad y sus habitantes.

Muchas veces no se alcanza a considerar el impacto, la capacidad de articulación y movilización que tienen las lecturas bíblicas y los discursos religiosos a favor o en contra de diferentes temas. Es decir, desde tiempos inmemoriales, muchos grupos utilizaron la Biblia para conquistar territorios, justificar la esclavitud, impulsar guerras, condenar la homosexualidad, marginar personas, privilegiar lo masculino y excluir a las mujeres de los puestos de liderazgo en la iglesia. Sin embargo, otros grupos utilizaron la misma Biblia para condenar los procesos de colonización, acabar con la esclavitud, trabajar por la paz, construir puentes con personas de la diversidad sexual, incluir en el proyecto salvífico a todas las personas de todos los pueblos, eliminar los privilegios masculinos y garantizar la participación igualitaria de las mujeres en la iglesia. De manera que la pregunta decisiva viene a ser la siguiente, ¿En dónde reside el problema? ¿En el texto bíblico o en la interpretación? ¿Es la Biblia un instrumento de sometimiento o de liberación?

No exageramos cuando decimos que nuestro contexto guatemalteco lleva más de 500 años con las venas abiertas, como decía Eduardo Galeano, pero algo todavía peor, lleva más de cinco siglos desangrándose con una hemorragia que no se detiene. Basta con darle un vistazo a los índices tan altos de violencia intrafamiliar, abusos sexuales, violaciones, embarazos de niñas y adolescentes, las desapariciones y los feminicidios, para estar de acuerdo con el escritor uruguayo. Es cierto que la realidad es producto de una crisis histórica y sistémica que supera el papel de las iglesias, pero también es cierto que algo no está bien cuando se comprende que en este territorio la tradición católica lleva más de 500 años y la evangélica más de 120, asimismo, tenemos la Biblia, iglesias, oraciones, cantos y predicaciones, estaciones de radio y canales de televisión, pero seguimos siendo un país violento y desigual.

¹ Teólogo guatemalteco.

Lastimosamente, hoy la situación no ha mejorado, pues todo parece indicar que las lecturas bíblicas, las interpretaciones y los discursos tradicionales siguen colaborando en perpetuar las relaciones de dominación, y organizar la vida de forma jerárquica y desigual. Fue Mary Daly quien identificó una conexión de lo más interesante cuando dijo: “donde Dios es varón, el varón es Dios”. De esta forma, al elegir textos e imágenes que insisten en presentar a Dios como señor, rey, juez, justiciero, señor de los ejércitos, soberano, omnipotente, padre, pastor y guerrero, se afirman las relaciones de poder-dominación, y estas, a su vez, consolidan la superioridad masculina. En otras palabras, el imaginario colectivo reproduce esquemas, lógicas y discursos de dominación, porque se inspira en un Dios que ha sido imaginado, percibido, rezado, alabado y adorado como masculino.

Dicho esto, es oportuno caminar en otra dirección y leer la Biblia en clave de liberación. Al ser un texto polifónico, la Biblia conserva la memoria peligrosa del hombre que alteró los fundamentos de la sociedad patriarcal del siglo I. Además, ofrece referencias alternativas para deconstruir las imágenes, lógicas y modelos mencionados anteriormente. Entonces acá surge la pregunta, ¿Cómo contribuye la lectura bíblica a que los hombres puedan ser, comportarse y relacionarse de otras maneras? Ya se dijo que la selección de los textos y el marco de referencia es determinante, así que, para alcanzar este objetivo, es imprescindible elegir otros textos y contar con un marco de referencia distinto.

Los registros de los evangelios nos ofrecen suficientes relatos muy provocadores donde Jesús puso en riesgo la forma de ser hombre de aquel momento. Por mencionar algunos ejemplos, habrá que revisar la ocasión en que Jesús rechazó el derecho que le daba la ley y la cultura para decidir sobre la vida de una mujer que fue llevada para ser juzgada y apedreada (Juan 8.1-11). También cuando Jesús anuló la venganza justa del “ojo por ojo”, para enseñar sobre el amor a los enemigos (Mateo 5.43-48), y renunció al uso de la violencia en el momento de su arresto (Mateo 26.51-52). Por último, la ocasión en que Jesús modificó el deseo por los primeros puestos, los privilegios y el poder que domina, para elegir el servicio a sus semejantes (Marcos 9.33-37).

Los textos elegidos son una amenaza para los discursos y los esquemas tradicionales. De forma que los testimonios de los evangelios son propuestas para transformar el poder que domina desde arriba, para dar lugar al poder que sirve desde abajo. Esto es lo que aparece en el relato de Juan 13.1-20 cuando Jesús baja de su posición para lavar los pies de sus amigos. Este acto es, quizás, el símbolo más profético del evangelio para deconstruir y acabar con los modelos de dominio, control y violencia. Ahora bien, para comprender mejor el impacto contracultural del relato, habrá que recordar a quiénes les correspondía la tarea de lavar los pies.

Según la tradición bíblica, la hospitalidad consistía en ofrecer agua, y el huésped, hombre o mujer, lavaba sus propios pies. En otros momentos, la mujer era la asignada para lavar los pies de los hombres, fueran estos invitados o familiares. Por último, esta actividad

era realizada estrictamente por algún esclavo o sirviente. De manera que, con el lavamiento de los pies, Jesús enseña que el hombre no está obligado a dominar, sino que puede salir de los esquemas tradicionales y ejercer el poder de otras maneras. Con este acto se rompe el ciclo de la dominación masculina: en esta comunidad empiezan unas relaciones humanas diferentes, no hay mayores ni menores, primeros o últimos, opresores ni oprimidos, amos o esclavos, maestros o discípulos.

En conclusión, elegir otros textos bíblicos nos enseña a vivir de otras maneras. Jesús no es el hombre líder que abusa y domina, sino el hombre que cuestionó los modelos tradicionales, renunció a sus privilegios y eligió un camino distinto.



Campaña “*Oramos pero también Denunciamos ;NO más violencia contra las mujeres*” 2021 del Foro de la Alianza ACT en Guatemala. ACT Alianza es una coalición de 144 iglesias y organizaciones afiliadas que trabajan juntas en más de 100 países.